

LAS ENSOÑACIONES DE UN PASEANTE SOLITARIO

J. J. Rousseau

QUINTO PASEO

De todas las moradas donde he vivido (y las he tenido encantadoras), ninguna me ha hecho tan auténticamente feliz ni me ha dejado tan tiernas remembranzas como la isla de Saint-Pierre, en medio del lago de Bienne. Esta pequeña isla que en Neuchâtel llaman la isla de La Motte es muy poco conocida, incluso en Suiza. Ningún viajero, que yo sepa, la menciona. Sin embargo, es muy agradable y está singularmente situada para la dicha de un hombre que guste de circunscribirse; porque, aunque sea quizás el único en el mundo a quien su destino se lo ha decretado, no puedo creer que sea el único con un gusto tan natural, aunque no lo haya encontrado hasta ahora en nadie más.

Las orillas del lago de Bienne son más salvajes y románticas que las del lago de Ginebra, porque las rocas y los bosques bordean el agua de más cerca; pero no son menos risueñas. Si bien hay menos cultivo de campos y viñas, menos ciudades y casas, también hay más verdor natural, más praderas, más rincones de umbría floresta, contrastes más frecuentes y accidentes más próximos. Como quiera que no hay en sus dichosas orillas grandes rutas cómodas para los coches, el país es poco frecuentado por los viajeros; más ¡cuán interesante para contemplativos solitarios que gustan de embriagarse a placer con los encantos de la naturaleza, y de recogerse en un silencio que ningún otro ruido turba más que el chillido de las águilas, el gorjeo entrecortado de algunos pájaros y el estrépito de los torrentes que caen de la montaña! Este hermoso estanque casi redondo encierra en su centro dos islitas, una habitada y cultivada, de una media legua de contorno; la otra más pequeña, desierta y yerma, que acabará siendo destruida por los transportes de la tierra que le van quitando incesantemente para reparar los estragos causados por las olas y las tormentas en la mayor. Así es como la sustancia del débil se emplea siempre en provecho del poderoso.

En la isla no hay más que una sola casa, pero grande, agradable y cómoda, que pertenece, lo mismo que la isla, al hospital de Berna, y en la que se aloja un recaudador con su familia y sus criados. Allí mantiene un nutrido corral, una pajarera y viveros de peces. En su pequeñez, la isla es tan variada en terrenos y aspectos que ofrece toda suerte de parajes y permite toda suerte de cultivos. Hállanse labrantíos, viñas, bosques, huertos, feraces pastizales sombreados por bosquecillos y orlados de arbustos de toda especie cuyo frescor mantiene la orilla de las aguas; bordea la isla en su longitud un terrado alto sembrado de dos hileras de árboles y en medio de este terrado han construido un bonito pabellón donde se reúnen y vienen a bailar los habitantes de las vecinas riberas los domingos durante las vendimias.

En esta isla fue donde me refugié tras la lapidación de Mótiers. Encontré la estancia tan encantadora, llevaba una vida tan conveniente a mi humor que, decidido a acabar allí mis días, no tenía otra inquietud que la de que no se me dejara ejecutar este proyecto que no se ajustaba con el de llevarme a Inglaterra, cuyos efectos ya iba notando. En medio de los presentimientos que me inquietaban, hubiera querido que se me hubiera hecho de aquel refugio una prisión perpetua, que se me hubiera confinado allí para toda la vida y que, privándome de todo poder y de toda esperanza de salir, se me hubiera prohibido toda especie de comunicación con la tierra firme de suerte que, ignorante de cuanto se hacía en el mundo, hubiere ya olvidado su existencia y se hubiese olvidado también la mía.

Apenas se me dejó pasar dos meses en aquella isla, pero habría pasado dos años, dos siglos y toda la eternidad sin hastiarme ni un momento, aunque no hubiera tenido, junto con mi compañera, otra sociedad que la del recaudador, su mujer y sus criados, que eran, todos, en verdad, muy buenas personas, pero sin más, y eso era precisamente lo que me hacía falta. Cuento estos dos meses como el tiempo más feliz de mi vida, tan feliz que me hubiera bastado durante toda mi existencia sin dejar nacer en mi alma por un solo instante el deseo de cualquier otro estado.

¿Cuál era, pues, esta ventura y en qué consistía su goce? Dejaré que la adivinen todos los hombres de este siglo por la descripción de la vida que allí llevaba. El precioso far niente fue el primero y el principal de estos goces que quise saborear en toda su dulzura, y cuanto hice durante mi estancia no fue de hecho más que la ocupación deliciosa y necesaria de un hombre que se ha consagrado a la ociosidad.

La esperanza de que no se me pediría nada mejor que dejarme en aquel sitio aislado al que me había abrazado por mí mismo, del que me era imposible salir sin asistencia y sin ser bien visto y donde no podía tener comunicación ni correspondencia sino por medio de la ayuda de las gentes que me rodeaban, esta esperanza, digo me proporcionaba la de acabar mis días más tranquilamente de como los había pasado, y la idea de que ya tendría tiempo de instalarme a gusto hizo que comenzara por no hacer arreglo alguno. Transportado bruscamente hasta allí solo y desnudo, hice venir arreo a mi ama de llaves, mis libros y mi reducido equipaje, el cual tuve el placer de no desembalar, dejando las cajas y los baúles como habían llegado, y viviendo en la habitación en que contaba acabar mis días como en un albergue del que hubiera debido irme al día siguiente. Tan bien iban todas las cosas como estaban que querer componerla mejor suponía estropear algo. Seguir con los libros en las cajas y carecer de escritorio constituía, en especial, una de mis mayores delicias. Cuando inventuradas cartas me obligaban a tomar la pluma para responderlas, a regañadientes tomaba prestado el escritorio del recaudador, y me apresuraba a devolverlo con la vana esperanza de no tener la necesidad de volverlo a pedir. En lugar de aquellos tristes papelotes y de todos aquellos viejos libros, llenaba mi habitación de flores y de heno; pues estaba a la sazón en mi primer fervor de botánica, por la que el doctor Ivernois me había inspirado un gusto que pronto se convirtió en pasión. No queriendo ya menester de trabajo, me era preciso uno de entretenimiento que me pluguiera y que no me diera otro quehacer que el que le gusta asumir a un perezoso. Me propuse realizar la *Flora petrinsularis* y describir todas las plantas de la isla sin omitir una sola, con un detalle suficiente como para ocuparme del resto de mis días. Dicen que un alemán ha hecho un libro sobre la corteza de un limón; yo habría hecho uno sobre cada grama de los prados, sobre cada musgo de los bosques, sobre cada liquen que tapiza las rocas; no quería, en fin, dejar una brizna de hierba, un átomo sin que fuera ampliamente descrito. En consecuencia, con este hermoso proyecto, todas las mañanas tras el desayuno, que hacíamos todos juntos, iba lupa en mano y mi *Systema naturae* bajo el brazo a visitar un cantero de la isla que a tal efecto había dividido yo en pequeños bancales con la intención de recorrerlos uno detrás de otro en cada estación. Nada hay más peculiar que los embelesos v éxtasis que sentía yo a cada observación que hacía sobre la estructura y la organización vegetal, y sobre el juego de las partes sexuales en la

fructificación, cuyo sistema era a la sazón completamente nuevo para mí. Me encantaba la distinción de los caracteres genéricos, de los que anteriormente no tenía la menor idea, cuando los verificaba en las especies comunes, a la espera de que se me presentaran en otras más raras. La horcadura de los largos estambres de la brunella, el resorte de los de la ortiga y la parietaria, la explosión del fruto de la balsamina y de la cápsula del boj, mil pequeños juegos de la fructificación que observaba por primera vez me colmaba de alegría, e iba preguntando si alguien había visto los cuernos de la brunella como La Fontaine preguntaba si alguien había leído Habacuc. Al cabo de dos o tres horas, regresaba cargado con una amplia cosecha, provisión para el entretenimiento de la sobremesa dentro de la casa en caso de lluvia. Ocupaba el resto de la mañana en ir con el recaudador, su mujer y Thérèse a visitar a sus obreros y su recolección, poniéndonos las más de las veces manos a la obra junto a ellos, y algunos berneses que venían a verme me encontraban a menudo encaramado en grandes árboles con un saco a la cintura que iba llenando de frutos, y que luego bajaba al suelo con una cuerda. El ejercicio que había hecho por la mañana y el buen humor que le es inseparable me hacían muy agradable el reposo de la comida; pero cuando se prolongaba demasiado y el buen tiempo invitaba, no podía esperar tanto tiempo, y mientras aún se estaba en la sobremesa, me escabullía e iba a meterme solo en una barca que conducía hasta el centro del lago cuando el agua estaba quieta, y allí, tendiéndome cuan largo era en la barca con los ojos vueltos al cielo, me dejaba ir y derivar lentamente a merced del agua; algunas veces durante varias horas, sumido en mil ensoñaciones confusas pero deliciosas, y que sin tener objeto alguno bien determinado ni constante, no dejaban de ser a grado mío cien veces preferibles a todo lo que había encontrado de más dulce en lo que llaman los placeres de la vida. Advertido ordinariamente de la hora del retiro por la caída del sol, me hallaba tan lejos de la isla que me veía obligado a trabajar con toda mi fuerza para llegar antes de la noche cerrada. Otras veces, en lugar de alejarme aguas adentro, me complacía costear las verdeantes riberas de la isla cuyas límpidas aguas y frescas umbrías me invitaron asiduamente a bañarme. Pero una de mis navegaciones más frecuentes consistía en ir de la isla grande a la pequeña, desembarcar y pasar allí la tarde, bien en paseos muy circunscritos por entre los sauzgatillos, los arraclanes, las persicarias, los arbustos de toda especie, o bien estableciéndome en lo alto de una colina arenosa cubierta de césped, de serpol, de

flores, incluso de esparceta y de tréboles que habrían sembrado seguramente antaño, y muy propia para albergar conejos que allí podían multiplicarse en paz sin temer nada ni perjudicar a nadie. Di esa idea al recaudador que hizo traer de Neuchâtel conejos machos y hembras, y con gran pompa fuimos su mujer, una de sus hermanas, Thérèse y yo, a establecerlos en la isla pequeña, donde comenzaron a criar antes de mi partida y donde seguramente habrán prosperado si han podido aguantar el rigor de los inviernos. La fundación de la pequeña colonia fue una fiesta. Ni el piloto de los Argonautas estaba más ufano que yo llevando triunfalmente a la compañía y a los conejos de la isla grande a la pequeña, y notaba con orgullo que la recaudadora, que temía en exceso el agua y siempre se encontraba mal en ella, se embarcó bajo mi guía con confianza y no mostró ningún miedo durante la travesía. Cuando el lago agitado no me permitía la navegación, pasaba la tarde recorriendo la isla, herborizando aquí y acullá, sentándome ora en los reductos más risueños y más solitarios para soñar a mis anchas, ora en las terrazas y collados para recorrer con los ojos la soberbia y encantadora vista del lago y de sus riberas coronadas de un lado por las montañas próximas y del otro ensanchadas en ricas y fértiles llanuras en las que la vista se extendía hasta las más lejanas montañas azulencas que la limitaban.

Cuando se acercaba la noche, descendía de las cimas de la isla gustosamente a sentarme a orillas del lago sobre la arena en algún rincón escondido; allí, el rumor de las olas y la agitación del agua, fijando mis sentidos y echando de mi alma toda otra agitación, la sumían en una deliciosa ensoñación, en la que me sorprendía con frecuencia la noche sin que me hubiera dado cuenta. El flujo y reflujo de aquel agua, su rumor continuo pero acrecentado a intervalos, golpeando sin desmayo mis oídos y mis ojos, suplían los movimientos internos que la ensoñación apagaba en mí y bastaban para hacerme sentir con placer mi existencia sin tomarme el trabajo de pensar. De vez en cuando nacía alguna débil y breve reflexión sobre la inestabilidad de las cosas de este mundo cuya imagen me ofrecía la superficie de las aguas: pero pronto estas ligeras impresiones se borraban en la uniformidad del movimiento continuo que me mecía y que, sin ningún concurso activo de mi alma, no cejaba de tenerme prendido, a tal punto que, llamado por la hora y por la señal convenida, no podía arrancarme de allí sin esfuerzos.

Después de la cena, cuando la noche era hermosa, íbamos aún todos juntos a dar un paseo corto por la terraza para respirar el aire del lago y el frescor. Descansábamos en el pabellón, reíamos, charlábamos, cantábamos alguna vieja canción que valía más que el retorcimiento moderno, y finalmente nos íbamos a acostar contentos con la jornada y no deseando sino otra similar para el día siguiente.

Tal es, dejando aparte las visitas imprevistas e importunas, la manera en que pasé el tiempo en aquella isla durante mi estancia allí. Que se me diga al presente cuánto de asaz atrayente hay en esto para excitar en mi corazón añoranzas tan vivas, tan tiernas y tan duraderas que al cabo de quince años me es imposible pensar en aquella querida morada sin sentirme cada vez transportado aún por los impulsos del deseo.

He observado en las vicisitudes de una larga vida que las épocas de los más dulces goces y de los placeres más vivos no son, sin embargo, aquéllas cuya remembranza me atrae y me afecta más. Esos cortos momentos de delirio y de pasión, por vivos que puedan ser, no son, sin embargo, y por su misma vivacidad, sino puntos muy esparcidos por la línea de la vida. Son demasiado raros y demasiado rápidos como para constituir un estado, y la dicha que mi corazón añora no se compone de instantes fugitivos sino de un estado simple y permanente, que nada tiene de vivo en sí mismo, pero cuya duración acrecienta el encanto hasta el punto de encontrar por fin en él la suprema felicidad.

Todo en la tierra está en un continuo flujo: nada conserva una forma constante y quieta, y los afectos nuestros, que se vinculan a las cosas exteriores, pasan y cambian necesariamente como ellas. Siempre delante o detrás de nosotros, recuerdan el pasado que ya no es o previenen el porvenir que por lo común no será: no hay ahí nada sólido a lo que el corazón pueda agarrarse. Igualmente, apenas se tiene aquí abajo más que el placer que pasa; en cuanto a la dicha que dura, dudo que sea conocida. Difícilmente hay un instante en nuestros más vivos goces en el que el corazón pueda verdaderamente decirnos: «Quisiera que este instante durara siempre; ¿cómo entonces puede denominarse dicha a un estado fugitivo que nos deja además el corazón inquieto y vacío, que nos hace añorar algo de atrás o aun desear algo de más adelante?

Pero si hay un estado en el que el alma encuentra un acomodo lo bastante sólido como para descansar en él por entero y congregar todo su ser, sin tener necesidad

de recordar el pasado ni exceder del porvenir; donde el tiempo no exista para ella, donde el presente dure siempre sin señalar, no obstante, su duración y si huella alguna de secuencia, sin ninguno otro sentimiento de privación o de goce, de placer o de dolor, de deseo o de temor que el de nuestra existencia, y que este sentimiento único pueda colmarla por entero; en tanto dura tal estado, quien se encuentre en él puede llamarse dichoso, no de una dicha imperfecta, pobre y relativa, tal cual se halla en los placeres de la vida, sino de una dicha suficiente, perfecta y plena que no deja en el alma ningún vacío que ésta sienta la necesidad de llenar. Tal es el estado en que me encontré con frecuencia en la isla de Saint-Pierre en mis ensoñaciones solitarias, ora tumbado en mi barca que dejaba derivar a merced del agua, ora sentado en las riberas del lago agitado, ora en otra parte, a orillas de un hermoso río o de un arroyo murmurando por entre el guijarral.

¿De qué se goza en semejante situación? De nada externo a uno, de nada sino de uno mismo y de su propia existencia; en tanto tal estado dura, uno se basta a sí mismo como Dios. El sentimiento de la existencia despojado de todo otro afecto es por sí mismo un sentimiento precioso de contento y de paz que bastaría por sí solo para hacer dulce y querida esta existencia a quien supiera apartar de sí todas las impresiones sensuales y terrenas que acuden incesantemente a distraernos y a turbar aquí abajo la dulzura. Pero la mayoría de los hombres, agitados por continuas pasiones, conocen poco este estado, y no habiéndolo sentido sino imperfectamente durante escasos instantes, no conservan de él más que una idea oscura y confusa que no les hace apreciar su encanto. Ni siquiera sería bueno, en la presente constitución de cosas, que ávidos de estos dulces éxtasis, se hastiaran de la vida activa cuyo deber les prescriben sus siempre renacientes necesidades. Pero un infortunado al que se ha relegado de la sociedad humana y que nada útil ni bueno puede hacer ya aquí abajo ni para otro ni para sí, puede encontrar en tal estado resarcimientos a todas las felicidades humanas que la fortuna y los hombres no podrían quitarle.

Verdad es que tales resarcimientos no pueden ser sentidos por todas las almas ni en todas las situaciones. Es preciso que el corazón esté en paz y que ninguna pasión venga a turbar su calma. Son precisas ciertas disposiciones por parte de quien los experimenta, son precisas en el concurso de los objetos circundantes. No se requiere ni un reposo absoluto ni demasiada agitación, sino un movimiento uniforme y

moderado, carente de sacudidas e intervalos. Sin movimiento la vida no es más que un letargo. Si el movimiento es desigual o demasiado fuerte, despierta; al devolvernos a los objetos circundantes, destruye el encanto de la ensoñación y nos arranca de nuestros adentros para ponernos de inmediato bajo el yugo de la fortuna y de los hombres y entregarnos al sentimiento de nuestras desgracias. Un silencio absoluto conduce a la tristeza. Ofrece una imagen de la muerte. Se hace necesario entonces el auxilio de una imaginación risueña, y se presenta con bastante naturalidad en aquéllos a quienes el cielo ha agraciado. El movimiento que no viene de fuera se opera a la sazón en nuestros adentros. El reposo es menor, cierto, pero también es más agradable cuando livianas y dulces ideas, sin agitar lo hondo del alma, no hacen por así decir sino rozar su superficie. Con muy poco basta para acordarse de sí mismo olvidando todos los males. Esta especie de ensoñación puede sentirse allá donde puede estarse tranquilo, y a menudo he pensado que, en la Bastilla, e incluso en una mazmorra en la que ningún objeto hubiere saltado a mi vista, habría podido soñar aún agradablemente.

Pero he de confesar que esto se hacía bastante mejor y más agradablemente en una isla fértil y solitaria, naturalmente circunscrita y separada del resto del mundo, donde todo me ofertaba sólo imágenes risueñas, donde nada me evocaba remembranzas entristecedoras, donde la sociedad del pequeño número de habitantes era comunicativa y dulce sin ser interesante hasta el punto de que me ocupara incesantemente, donde podía por fin entregarme sin obstáculo y sin cuidado a las ocupaciones de mi gusto o a la más laxa ociosidad. La ocasión era sin duda hermosa para un soñador que, sabiendo nutrirse de agradables quimeras en medio de los objetos más ingratos, podía saciarse a su capricho haciendo concurrir todo lo que atraía realmente a sus sentidos. Cuando salía de una larga y dulce ensoñación, al verme rodeado de verdor, de flores, de pájaros, y dejar que mis ojos vagaran a lo lejos por las pintorescas riberas que bordeaban una vasta extensión de agua clara y cristalina, asimilaba todos aquellos amables objetos a mis ficciones; y al hallarme, por fin, progresivamente devuelto a mí mismo y a cuanto me rodeaba, no podía indicar el punto de separación entre las ficciones y las realidades; tanto contribuía todo igualmente a hacerme querida la vida recogida y solitaria que llevaba en aquella hermosa morada. ¿Que ya no puede renacer? ¿Que ya no puedo ir a acabar mis días en aquella isla querida para no volver a salir jamás de allí, para no

volver a ver jamás a ningún habitante del continente que me evocare el recuerdo de las calamidades de toda especie que se complacen en acopiar sobre mí desde hace tantos años? Pronto serían olvidados para siempre: probablemente ellos no me olvidarían del mismo modo, pero ¿qué me importaría con tal de que no tuvieran acceso alguno para que vinieran a turbar mi reposo? Liberado de todas las pasiones terrenas que engendra el tumulto de la vida social, mi alma se elevaría frecuentemente por encima de esta atmósfera, y comerciaría por anticipado con las inteligencias celestes cuyo número espera ir a aumentar dentro de poco. Los hombres se guardarán, lo sé, de devolverme tan dulce asilo en el que no han querido dejarme. Pero no me impedirán al menos que me transporte cada día allí en las alas de la imaginación, y que sienta durante unas horas el mismo placer que si lo habitara todavía. Lo más dulce que haría sería soñar a capricho. ¿No hago lo mismo al soñar que estoy allí? Incluso hago más; al aliciente de una ensoñación abstracta y monótona añado imágenes encantadoras que la vivifican. Sus objetos escapaban con frecuencia a mis sentidos en mis éxtasis, y ahora cuanto más profunda es mi ensoñación, más vivamente me los pinta. Estoy más a menudo en medio de ellos y más agradablemente aún que cuando realmente estaba allí. La lástima es que a medida que la imaginación se entibia, esto ocurre con más esfuerzo y no dura tan largo tiempo. ¡Ay, cuando se empiezan a dejar los despojos, es cuando más ofuscado se está!